

diendo a ver": si el alumno aprende a "ver" podrá después mucho más fácilmente localizar en su obra todos aquellos puntos críticos, todos aquellos factores que contribuyen, decisivamente, a vitalizar y llenar de coherencia la obra de arquitectura; el alumno aprende, pues, desde el primer día a ver la arquitectura como hecho arquitectónico, como producto de cultura, prescindiendo de esquemas y de abstracciones. La historia se convierte de este modo en instrumento utilísimo, proponiendo al alumno infinidad de problemas concretos que debe conocer y valorar antes de escoger aquel sobre el que versará su trabajo, trabajo que completará contribuyendo con sus lecturas a la formación de un fondo bibliográfico que facilitará el desarrollo de futuros estudios críticos. La historia así entendida no será ya la "leyenda áurea" de la arquitectura, permitirá, como dice Zevi, identificar verdaderos monstruos, abominables monumentos, pues con frecuencia edificios sin valor alguno merecen nuestra aprobación incondicional en cuanto el paso del tiempo se hace sentir en ellos, es decir, permitirá una justa comprensión del pasado que llegará a ser, repitámoslo, vital instrumento didáctico. Por otra parte, ni que decir tiene que una tal comprensión del pasado pone en condiciones de ver con mayor precisión el presente y que, a la vista de la historia, el alumno puede caer en la cuenta de los peligros que encierran los "apriorismos" dogmáticos.

Incluso cabe pensar en la historización de otras disciplinas, como la mecánica y la construcción, abriendo así nuevos horizontes metodológicos a las mismas.

Esta toma de contacto con la realidad arquitectónica a través de la historia no es tan gratuita como pueda parecer a primera vista: responde a un estado de madurez cultural que entiende la arquitectura no ya como un mero hecho plástico, defecto del que algunas veces se resentía la didáctica del Bauhaus, sino como realidad espacial en la que se materializa toda la problemática de una sociedad a través, claro está, de personalidades concretas. No en balde quienes han llevado la voz cantante en las reuniones de Roma han sido gentes como Quaroni, Zevi y Portoghesi, secundados, justo es decirlo, por buen número de estudiantes, gentes para quienes el problema didáctico hoy, en última instancia, es el hacer capaz al alumno de llegar a una elección. Pero poder llegar a una elección es, ante todo, un problema de madurez cultural, que requerirá, a veces, una total "apertura" escolástica, acompañada de una nueva estructuración didáctica, hoy, como hemos dicho, todavía problemática, pero que se propone, entre otras cosas, acabar con el viejo mito de una escuela entendida como nivel mínimo de conocimientos, pretensión de políticos insensatos que, por lo visto, no caen en la cuenta de la ruina del paisaje y del monstruoso crecimiento de las ciudades, que están en último término en manos de los arquitectos.

Podrá, por tanto, ponerse en duda la validez del camino emprendido por los romanos que han creído ver en la historia, en la vuelta a la realidad, en la búsqueda de nuevos sistemas, en resumidas cuentas, en una auténtica cultura, la tabla de salvación en el revuelto océano, pero siempre es consolador ver la energía con que se han planteado el problema, desde dentro, buscando, al menos quienes tienen las ideas claras, una auténtica reforma didáctica, conscientes de que es una tarea que puede costar años: cuando todo parece hoy reducirse a elemental problema numérico fortifica el ver que aún hay gentes que creen en la escuela y que se disponen, por tanto, a intentar su reforma, sin la premura y sin la inconsciencia a que, por desgracia, estamos acostumbrados.

El artículo de Rafael Moneo, pensionado de la Academia de España en Roma, se refiere, casi exclusivamente, al papel de la Historia en la enseñanza de la Arquitectura, tal como se ha planteado en las reuniones de profesores y alumnos de la Facultad de Arquitectura de Roma (celebradas en noviembre pasado).

El artículo explica una organización de aquello que, de modo intuitivo y hasta desordenado, se hacía ya en muchas Escuelas de Arquitectura. Entre otras, la de Madrid, a principios de siglo, cuando el número de alumnos era pequeño y la enseñanza disponía de muchas horas. Entonces había una simbiosis espontánea entre las enseñanzas de cátedra,

de la Historia del Arte y la Historia de la Arquitectura, la Construcción, y los tres cursos de dibujo: "cachos", detalles (con modelado) y conjuntos. Con ello, los alumnos adquiriríamos un sentido vivo de la Historia, que así venía a ser nuestro verdadero fondo humanístico. Claro que para ello contaba mucho la personalidad de los profesores: don Vicente Lampérez, don Antonio Flórez, don Carlos Gato, don Juan Moya, don Manuel Zabala, y sucediendo a éste, don Teodoro de Anasagasti. También fué decisiva la influencia del sucesor de Lampérez, el gran sabio y gran bohemio don Román Loredó.

Los cursos de proyectos eran, en parte, como una continuación de esa preparación humanística, y a ello contribuía también la personalidad de los grandes profesores de estas materias: don Pedro Muguruza y don Modesto López Otero, a quien se agregó más tarde don Pascual Bravo.

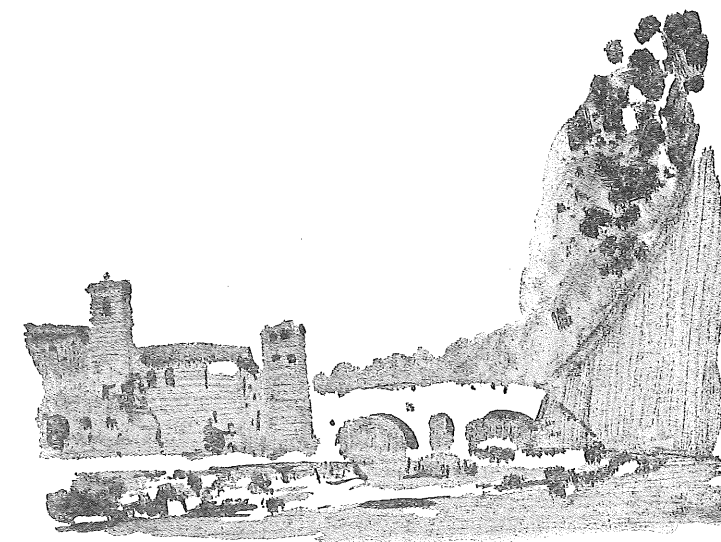
Esta organización no escrita se derrumbó cuando, poco después de la Liberación, empezó el aumento extraordinario en el número de alumnos y de profesores y la enseñanza se dividió en la práctica, en "asignaturas", cumpliendo así, lamentablemente, los propósitos de la organización escrita de nuestros napoleónicos reglamentos. En efecto, no hubo modo de resolver el nuevo problema más que haciendo cada "asignatura" como un reino independiente, dentro del cual su profesor organizaba la enseñanza como mejor podía. Y entre tanto, y desde el mismo año 1939, se han ido preparando planes de reforma total de la enseñanza, que se anticipaban a los problemas que habrían de presentarse, y que, por desgracia, nunca se pudieron poner en vigor. Estos planes abarcaban toda la formación del arquitecto y de sus adjuntos, y se centraban en las clases de proyec-

tos, coordinando no sólo la Historia—en el sentido realista que ahora se propugna en Roma—, sino la Construcción, las Estructuras, las Instalaciones, los Oficios y especialmente el Urbanismo.

Claro que el sistema antiguo presentaba grandes lagunas, precisamente por no estar coordinado. Se estudiaban a fondo ciertos temas históricos, desde su inserción en la Historia social y cultural hasta la copia en color de alguno de sus detalles, pero muchos se estudiaban sólo como Historia, otros sólo como construcción, otros como proporción, otros como de posible uso en proyectos actuales, etc. Finalmente, había asuntos que no se estudiaban en ningún aspecto.

En el momento actual está planteada, como saben los lectores de esta Revista, una reforma completa del plan de estudios que trasciende de lo puramente escolar para entrar en el campo del ejercicio profesional. Para ello será muy interesante conocer lo que se haga en Roma, si bien, a juzgar por lo que escribe Rafael Moneo al principio de su artículo, la reforma italiana rendirá acatamiento a las consignas del izquierdismo internacional, pues considera importante "los desatinos cometidos en Roma bajo el fascismo", olvidando los mucho más graves cometidos antes de Musolini, y los aún peores cometidos después (véanse los números de *Urbanística* 27 y 28-29). Y si, como parece inevitable, se han de seguir ignorando en la nueva enseñanza de la Historia los aciertos del fascismo (el Agro Pontino, por ejemplo), nuestro estudio del nuevo plan de enseñanza de Roma habrá de hacerse con suma cautela, para, en todo caso, restablecer la verdad histórica.

Luis Moya.



Dibujo R. Vázquez Molezún. 1953.